

868
D.



PC 6607
T3
E 4000
1901

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CRONICAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

8686



LA EXPOSICIÓN.

IMPRESIONES.

No son muy buenas las que á primera vista ofrece la actual Exposición de pinturas. Hay en ella muchos lienzos grandes, tan grandes como desprovistos de grandeza, de pureza en el color, de corrección en el dibujo, de valentía en la composición y de genialidad en el pensamiento. Exceptuando ocho, diez á lo sumo, el resto pudiera haberse quedado en casa de los padres sin detrimento del arte y de la fama de sus autores.

No existe, ¿á qué negar el hecho si es

cierto desgraciadamente?, no existe en ninguna de aquellas salas un solo cuadro que se imponga al espectador con la brutalidad majestuosa de lo sublime y le sujete contra su deseo haciéndole sentir ese escalofrío delicioso, esa atracción magnética en virtud de los cuales el público se conjunciona con el artista, se entrega á la obra por el artista realizada, y la aplaude y admira de golpe, sin dilaciones ni reservas. No hay eso. Frente á ninguno de los cuadros expuestos se arremolina, como otras veces ha sucedido, una multitud nerviosa, vibrante, agitada por el entusiasmo, multitud de la que se desprende un regocijado murmullo, aplauso de voces, eco unánime de la admiración general.

«Bien.»—«Muy bonito.»—«Mira esto.»—«¿Qué te parece lo de más allá?»—«Como bien pintado, está bien pintado, pero...» Así, por el estilo, son las palabras y las frases que se escuchan en la Exposición de pinturas.—¡Magnífico! ¡Sublime! ¡Grandioso!

Tales exclamaciones, síntesis suprema de los verdaderos triunfos artísticos, no hirieron mis oídos una vez siquiera en las varias tardes que he visitado el palacio próximo al Hipódromo. «Bonito.» Esto sí lo dicen muchas personas; pero la palabra «bonito», tratándose de arte, no vale la pena de volver la cabeza; ni aun la vale cuando se trata de una mujer.

Cuatro ó cinco obras solamente han provocado juicios capaces de satisfacer á un artista. Conste que al hablar así me refiero á los cuadros *de figura* que aspiran, tal parecen indicarlo su tamaño y sus pretensiones estéticas, á alcanzar un puesto de honor.

Delante de alguna de esas obras he oído diálogos encantadores que me han hecho volver la cabeza con asombro.

Uno de estos diálogos decía palabra más ó menos.

—¡Qué horror!

—¡Esto es insufrible!

—¿Ha visto usted qué poca vergüenza?

Estábamos y estaban los indignados concurrentes en presencia del cuadro de Fillol, de *La bestia humana*, la sola nota valiente, el único grito de protesta enérgica, el verdadero atrevimiento artístico del actual concurso.

Aquellos ciudadanos se espantaban de que se comprase el hambre para el vicio. Falta saber si se hubiesen avergonzado de comprarlo.

Otro de los diálogos á que me refiero se desarrollaba junto al cuadro de Cutanda, frente á la obrera que sale de la fábrica con su hijo en brazos, la resignación en el rostro, la miseria en el traje y una aureola de luz en la cabeza.

—¡Qué extraño!—exclamaban al lado mío dos señores bien trajeados, con el vientre ancho y el cráneo angosto.—¡Ponerle á una obrera una corona de luz como si fuese la virgen María!... La virgen de la fábrica es aquella infeliz mujer que va con su hijo en brazos, conforme con su suerte, sin protes-

tar de su desgracia, á comerse un mendrugo de pan en cualquier buhardilla; madre y mártir, figura principal de un cuadro, cuyos méritos no discuto, cuadro más piadoso que uno de santos, figura más digna de veneración y respeto que la imagen de un retablo cualquiera.

Dos señoritas y un caballere te miraban la *Bacante* de Muñoz Lucena, y decían: «¡Qué afán de desnudos; la carne parece *de verdad*, pero esa mujer está muy indecente!» Conviene advertir que las señoritas eran dos escobas vestidas y el caballere te mostrábase demasiado canijo para que no le espantase aquella hembra vigorosa y potente, que á estar viva y tener el mal gusto de encapricharse por el mozuelo, le hubiera enviado al cementerio en un par de semanas.

Fuera de esas y otras parecidas manifestaciones, que vienen á romper en la Exposición la monotonía de las frases hechas, nadie se entusiasma con lo que ve.

Claro que hay en todas las salas excelen-

tes pinturas. Faltaría que no las hubiese concurriendo Sorolla, Plá, Simonet, Plá y Rubio, Rusiñol, Casas, Guinea, Benedicto, Cabrera, Martínez, Bilbao, Soriano, Fort, etc., todos los que hoy forman con perfecto derecho en primera línea entre los pintores españoles.

Bueno estaría que fuesen malos los cuadros del maestro Sorolla, pero su *Trata de blancas*, si es indiscutible como pintura es cobarde como pensamiento; están escrupulosamente buscados los modelos, malamente significada la expresión psíquica de los mismos y el momento plástico de la acción. Aquellas cuatro mozas son cuatro *chais* como se dice en el caló de las mancebías; la alcahueta es de raza, pero en los viajes de ganado humano suele dormir el contratista y el ganado velar; la codicia satisfecha cierra los ojos; mientras anda el tren no se escapa la presa; la miseria enriquecida—que riqueza son 20 duros para el miserable—aspira á gastar su precio, á divertirlo... Grave error

es éste de Sorolla, y tan grave querer representar la trata dentro de un vagón. El ganado no debe presentarse en viaje, sino en la feria; está *más propio* en el *comedor* que en el tren.

Perdone el maestro, pero así lo creo y así lo escribo, y después de escribirlo grito: ¡Viva Velázquez!... acordándome de aquella gitana que lleva metida en los ojos toda la ardiente y carnal Andalucía de los árabes, como grito ¡vivan los pintores! recogiendo mis párpados para que entre ellos duren el más tiempo posible las hermosas tonalidades del mar que va á recostarse perezosamente sobre las rocas del cabo San Antonio.

¿Cómo iban á faltar buenas pinturas cuando Cecilio Plá, luchando ventajosamente con la monotonía de actitudes y de ropaje, con la uniformidad de la composición y con lo repetido del asunto, se ha mostrado una vez más en sus *Heroínas*, como artista á quien ninguna dificultad asusta si de manejar pinceles se trata?

No son cuadros bien pintados lo que faltan en la Exposición; lo que faltan son ideales nuevos, pensamientos nuevos; algo que palpitando en el lienzo por encima del color, de la composición, del dibujo, de la perspectiva, de todo, sea como la médula de la obra, como el ambiente psicológico de la misma, un soplo impalpable de inspiración que responda á un ideal supremo y humano. Excepción hecha de la *Bestia humana* de Fillol y de la *Obrera* de Cutanda, nada hay que sea nuevo en aquella casa; porque no vale llamar novedades á las extravagancias de los modernistas por obra y gracia de las cuales se extravían y ridiculizan en la mayor parte de sus producciones talentos como Rusiñol, como Casas y como Guinea.

Esto por lo que toca á los lienzos grandes, en los pequeños, en los desprovistos de altas pretensiones hay maravillas de ejecución. Los dos retratos de Pinazo y uno de Casas son prodigios; cuadritos notables existen á docenas.

Mejor librada sale la Exposición en lo que á paisajes y marinas se refiere. Morera, Raurich, Espina, Lhardy, etc., han llevado á las salas pedazos de naturaleza; pedazos de mar han llevado casi todos los marinistas. Ni unos ni otros se han descuidado en la faena.

Ojalá que el Jurado hubiera sido tan cuidadoso como ellos para la colocación de algunas obras que permanecen obscurecidas.

Este descuido nótese principalmente en la sección de escultura, la mejor de todas á mi juicio, la más completa, la más notable del concurso. Hay en la primera sala de esta sección una estatua de Roselló y Roselló, un desnudo magnífico, verdadero pedazo de carne de mujer, quizás *la más fuerte* de cuanto allí se ofrece á vista del público; y esa estatua, titulada *Desolación*, aparece apoyada contra la pared, robada en la mitad de su hermoso cuerpo, tendido y artísticamente replegado, á los ojos del inteligente y del curioso, y cubierta por hipocresía ó mala

intención con dos plantas espesas que, dando lecciones de justicia á los señores del Jurado, abren sus hojas para que pueda entreverse aquella maravilla de mármol.

A qué obedece esta ocultación. Dicen... dicen tantas cosas... la versión más corriente es ésta:

La estatua es demasiado atrevida... el desnudo no oculta nada... ¡Tiene gracia! ¡Un Jurado de artistas discurriendo á compás de las señoritas enclenques y el pollo tísico que miraban la *Bacante* de Muñoz Lucena! ¿Esto es posible? Sería cosa de no creerlo si el Jurado atendiendo á imposiciones oficiales no hubiese permitido que pusieran hojas de parra ¡de papel! á los desnudos de hombre.

Siendo eso cierto, y yo lo he visto, hay que creerlo todo y esperarlo todo y temerlo todo también.

1897.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Codo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LAS CUEVAS DEL DRACH.

(RECUERDOS DE MALLORCA.)

Al salir de la cueva, la luz del sol que se hundía en el mar cubriéndolo de tintas violáceas y reverberaciones rojizas me hizo guiñar los ojos. Tenía aplastado el cerebro. La contemplación de aquella belleza desconocida, nueva absolutamente para mí, me produjo el efecto de un puñetazo en el cráneo; las ideas saltaban dentro de él dislocadas, confusas, atropellándose las unas á las otras, sucediéndose vertiginosamente, sin orden, sin disciplina, sin concierto, como un ejército que se desbanda. Un mundo de impresiones